

Burla

Burlando

El portal criollo

Todavía quedan algunos portales genuinamente criollos en los barrios extremos de la ciudad. A mí me encantan estos portales de las viejas residencias y si yo fuese poeta los cantarí; pero como no lo soy me contentaré con dedicarles estas deslavazadas líneas de prosa humilde.

El que me ha hecho caer en la tentación de trazar este boceto es de los típicos; es un rincón paradisíaco si es que no han llegado hasta él las inquietudes y los cuidados que hoy invaden al mundo.

La arquitectura de este portal es extremadamente sencilla y sólida como el espíritu del que lo construyó y aún conserva íntegra la majestad y el ambiente señorial que los antiguos próceres criollos imprimían en sus obras.

Cuatro columnas de fuste cilíndrico, liso y esbelto sostienen un arquitebo también desprovisto de todo ornamento; pero la naturaleza ha venido a remediar con sus pompas y sus gracias la sobriedad excesiva del arte. Todas las columnas están arrebozadas con lujosas enredaderas que se confunden en lo alto formando cortinajes y doseles de verdura. Algunas de ellas están ahora floridas y mantienen el aire perennemente saturado con sus deliciosos y suaves perfumes.

Lo más notable de este portal es su magnífica amplitud. En él se puede pasear holgadamente a lo largo y a lo ancho, gracia que no poseen la mayor parte de los modernos edificios con toda su riqueza, su confort y su elegancia. Varios tiestos con palmitas enanas, lirios y helechos completan la decoración de nuestro portal, y su mobiliario consiste en un sofá y algunas amplias mecedoras de mimbre pintadas de verde.

Al frente de la casa se extiende un espacioso jardín protegido por una verja herrumbrosa con su correspondiente cancela. Crecen en sus arriates plantas y arbustos propios del clima. Una adelfa blanca y otra carmesí ostentan aquí y allá su traidor hermosura, y al lado de la cancela una magnífica palma abre su inmenso parasol como para proteger al que llega contra las inclemencias del sol y de la lluvia.

A la hora en que tomo estos apuntes una suave brisa produce entre el ramaje del jardín un delicioso ru-

mor... ¡Con qué deleite me tendería en aquel sofá a dormir un cacho de siesta! Pero aquel sofá no es para mí y tengo forzosamente que continuar mi camino bajo los rigores de este sol furibundo...

Se encuentra nuestro portal criollo situado en una eminencia desde la cual se domina la ciudad y la bahía y la entrada del puerto. Del lado del norte forma el horizonte la línea del mar y por el sur el perfil suavemente ondulado de las cumbres lejanas.

Las primeras horas del día son las más deliciosas en este encantado recinto. Desde el amanecer parlotean centenares de gorriones entre el ramaje alegrando el despertar de los que duermen en el interior de la casa. Se experimenta cierta sensación de humedad y de frescura. Luego los primeros rayos del sol convierten en diamantes, rubíes y esmeraldas las gotas de rocío que cuelgan de los bordes de las hojas. A la palma también le ha salido en la punta de cada fleco una piedra preciosa y ofrece una magnificencia no igualada por los quitasoles de Semiramis.

Un viejo criado etíopico ha salido a barrer el portal y a regar el jardín, y poco después llega el lechero campesino montado en su escuálida yegüita y canturreando una canción criolla. Se apea, saca las pulcras boticas de la alforja y se las entrega al criado con el que celebra un rato de palique.

Luego el chino vendedor de frutas y de legumbres. Trae su mercancía en dos amplias canastas colgadas por medio de cuerdas de los extremos de un palo. Sale la señora, mujer hermosa, acompañada de la criada negra para hacer la compra. El asiático deja en el suelo sus canastas, se acomoda entre ellas en cucullas y descubre su mercancía. Trae plátanos, naranjas, limones, patatas, boniatos, malangas, lechugas, berros, perejil, huevos, pescado y "paticas" de puerco. Se entabla el indispensable regateo entre la morena y el chino, regateo graciosísimo por la media lengua del uno y la "retórica" de la otra. La señora habla poco y sonríe.

Más tarde se aparece otro chino mejor trajeado y más culto. Es el vendedor de abanicos, pañuelos, perfumes y de mil chirimbólos orientales. Salen dos señoritas, hijas de la anterior señora, encantadores prototipos de la mujer cubana.

—¿Qué novedades traes hoy, chino?

—Mucho bueno, señolita. Manico sincoca, jabón que huele sabloso, esencia champaca, mucha cosa, too bueno, too balato, señolita.

El quincallero se arrodilla ante las damas, abre su cajas de madera, tiende una esterilla en el suelo y co-



loca sobre ella sus géneros. Después de media hora de regateo y de revolvertle toda la mercancía al fin le compran un abanico de a peseta y un estuche de palillos perfumados para los dientes.

No por eso se enfada el vendedor. Recoge pacientemente su tienda y se va saludando zalamero y con aquella eterna sonrisa asiática que siempre resulta un enigma.

Van llegando al portal los mendigos cotidianos de los que ninguno se va sin su correspondiente limosnita. Entre ellos el negro centenario que comió el bisabuelo de la familia. Anda dolorosamente encorvado y patituerto y trae una roñosa bandurria con dos cuerdas no más en las que rasca con sus dedos sarmentosos al mismo tiempo que canturrea con voz cascada algo que quiere ser una canción criolla. Recibe el mediesito de limosna y sigue calle abajo murmurando:

—La Caridá la bendiga, nifiita santa.

Ya es la hora meridiana: el sol lanza sobre el jardín los torrentes de su lumbre tropical. Ha cesado la brisa y por el horizonte del sur empieza a levantar sus peñascales blancos y gigantescos la nube de tronada. El portal se queda silencioso y desierto hasta las horas de la tarde.

* * *

Estas son las más deliciosas del portal criollo. El sol poiente lanza su rojiza lumbre sobre la ciudad en cuyas vidrieras se proyectan deslumbrantes reflejos de colores varios. Los cúmulos y celajes que han quedado de la tormenta veraniega, permanecen inmóviles sobre el horizonte teñidos de púrpura y oro.

El portal ha vuelto a recobrar su animación de las horas de la mañana, acrecentada con la presencia de los niños de la casa entregados a sus juegos bulliciosos y a sus alegrías. Han salido también el abuelito y la abueiita. Son los restos venerables de una sociedad que se va, que se ha ido. Ambos se arrellanan en sus mecedoras. Ella es una viejecita pulcra, de cabellos blancos peinados con raya al centro y esmeradamente alisados en bandós; él un anciano también de barba y cabello blanco, típico representante de la antigua nobleza criolla.

Las muchachas también han salido al portal y se tienden lánguidamente en sus asientos ondulantes. La una lee y la otra se mece con los ojos fijos en las nubes... Se abanica y sueña.

Pasan por delante de la cancela del jardín los vendedores ambulantes. El de helados pregona su mercancía con voz quejumbrosa:

—¡Al duro frío, caserita!

El isleño fornido que lleva sobre sus hombros un fardo de géneros bastante para cargar a un dromedario:

—¡Puntas diiiiiiiloo!... ¡Dedales, tijeras fiiiinaaas!...

El billetero sexajenario, verdadera estampa del infortunado:

—Yo soy el de la suerte... Mañana se juega.

El harapiento vendedor de periódicos:

—LA MARINA, "La Prensa", "La Nación"... ¿Quién llama?

El vendedor de mangos:

—¡Manguito!... ¡Mangüeee!...

* * *

Por la noche vuelve a animarse el portal el cual aparece tenuamente iluminado por dos faroles de gas, luz menos brillante que la eléctrica, pero más segura. A los personajes de la casa suelen agregarse las visitas y los novios de las doncellas.

La brisa de tierra ha refrescado el ambiente. La luna llena ilumina las copas de los árboles del jardín. Vénese los cocuyos pulular entre las ramas y revolotear las mariposas nocturnas en torno de la luz... Una mano de hada prelude en el piano de la "saleta" los dulces y amorosos compases de la habanera "Tú"...

Son las diez. Los viejecitos se levantan trabajosamente para irse a la cama y los novios se despiden en la puerta del jardín donde se enreda el último párrafo que no acaba nunca. Queda el portal desierto y callado; ya no se oye más que los ladridos de los perros callejeros y el canto de algún gallo que confundió la luz del foco voltaico con la luz del día.

¡Portal criollo, breve paraíso!...

Dentro de diez o doce años ya no existirá; lo habrán derribado para sustituirlo con el chalet inglés, o suizo, o belga, más elegante, más artístico, más suntuoso; pero que no tendrá esta poesía, ni este aroma, ni este sabor de la tierra cubana... Ni este matiz de castellana hidalguía.

M. ALVAREZ MARRON.

